

enseña, El los ha visto en la eternidad, los ve aún; y de lo que ha visto quiere dar testimonio» (1).

Jesús afirma, exige la fe de los que le oigan, no porque pruebe con arte, como los sabios, ó trasmita con fidelidad una palabra extraña, como los profetas, sino porque habla El y «todo lo que dice es espíritu y vida» (2).

Jesús afirma, pero si omite el recurso vulgar de las habilidades humanas, sabe disponer y adornar su afirmación con admirable arte, que revela profundo conocimiento de lugares, almas y tiempos. No enseña en la apacible Galilea como en la tumultuosa Jerusalén, ni en los campos como en el desierto, ni en la barca de Pedro ó en las casas hospitalarias donde le reciben como en la sinagoga ó en el templo. Hace hablar al cielo y á la tierra, á los árboles, á la hierba de los campos, á las flores, á las mieses, á las aves, á las ovejas, á los niños, á las costumbres, á la ley, á las debilidades humanas, á cuanto puede prestarle luminosas comparaciones. Su palabra es á su vez sencilla y grandiosa, compasiva y severa, dulce y terrible, según se dirige al pueblo ó á los sabios, á humildes pecadores ó á devotos hipócri-

(1) «*Qui venit de celo super omnes est, et quod vidit et audivit hoc testatur.*» (Joan., III, 31, 32).

(2) «*Verba que ego locutus sum spiritus et vita sunt.*» (Joan., VI, 64).

tas, á sus amados discípulos ó á los implacables enemigos de su misión divina. Sabiamente ordena el progreso de sus revelaciones, para no ofuscar á las almas con el excesivo resplandor de inesperada luz. Primero encubre los misterios del Reino de Dios con el gracioso velo de la parábola, para no precipitar la oposición de espíritus soberbios y á fin de excitar á las almas buenas á buscar la verdad y pedírsela. Poco á poco rasga esos velos, explica, y brota la luz, hasta que un día la fe del pueblo prorrumpie en transportes, y sus discípulos, llegados al término de su educación, le dicen: «Vemos que ya no nos hablas por figuras» (1), y el odio de sus enemigos está maduro para cumplimiento de los designios de Dios, y es llegada la hora de manifestar por vez última, en la muerte, su poder de afirmación.

A este poder de afirmación, añade el divino Predicador lo que Santo Tomás llama poder de rectitud (2). Nada más necesario al orador que ese poder, y también nada más raro. Jesús lo posee á maravilla: ama á las almas que quiere instruir y quiere instruir las á todas. Sembrador de

(1) «*Ecce nunc palam loqueris, et proverbium nullum dicis.*» (Joan., XVI, 29).

(2) «*Potestas Christi in docendo attenditur..... quantum ad auctoritatem loquentis..... et etiam quantum ad virtutem rectitudinis.*» (Summ. Theol. III P., quæst. 22, a, 1 ad 2.)

verdad, la derrama en todas partes: en los caminos reales donde será hollada de los transeuntes, en árido pedregal donde pronto se secará ahogada por las malezas, todo para no dejar baldío ningún rincón de los terrenos fértiles donde produzca el céntuplo. El mismo, además, lo declara: «Para dar testimonio de la verdad he venido á este mundo» (1). No habrá amenaza ni violencia que haga callar á su palabra sincera y generosa. Al olvidado pueblo descende con preferencia, á espíritus incultos, pero rectos, se comunica más íntimamente como para vengarlos del prolongado menosprecio que habían sufrido de parte de la ciencia humana. Por su divina bondad el mundo ve un prodigio hasta entonces inaudito: los pobres son evangelizados. Si tiene para sus discípulos favores de doctrina, nadie podrá recriminarle de injusto silencio, ya que públicamente habló al mundo: «*Ego autem palam locutus sum mundo*» (2).

Habló, y todo lo que decía, estaba escrito en su santa vida. En valde buscaréis virtud que haya predicado antes de practicarla: no la encontraréis. Comenzó á obrar y luego enseñó: *Cæpit facere et docere*. Cotejad su doctrina con su vida,

(1) «*Ego in hoc natus sum et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati.*» (Joan., XVIII, 37).

(2) Joan., XVIII, 20.

no hay vacío ni nota discordante. Habló su vida, vivió su palabra, y pudo decir: «¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? ¿*Quis ex vobis arguet me de peccato?*» (1). Añadid á todo acciones maravillosas, prodigios que permiten á Jesucristo suprimir explicaciones, argumentos, contestaciones inútiles, y decir á sus contradictores: «Hice entre vosotros lo que nadie ha hecho: *Quæ nemo alius fecit*. Si no creéis en mi palabra, creed en mis obras.» Os halláis ante el Maestro más admirable que jamás se ha visto, tan admirable que los emisarios de los fariseos enviados á sorprenderle, vuelven inermes y desconcertados, y confiesan que «nunca nadie habló como aquel Hombre;» tan admirable, que entusiasmadas las turbas con su doctrina, «la admiran, y comprenden que enseña como quien tiene poder, y no como los escribas y fariseos» (2).

Pero por excelente que sea el celestial Predicador, no desmayéis ante su perfección, y sobre todo, no renunciéis á imitarle. Nunca tendréis su soberano poder de afirmación, pero llegaréis á participarle, y precisamente vuestra fe en esa par-

(1) Joan., VIII, 46.

(2) *Admirabantur turbæ super doctrinam ejus. Erat enim docens sicut potestatem habens, et non sicut scribæ et farisæi.* (Matth., VII, 28, 29).

ticipación asegurará la eficacia de vuestra palabra. Jesucristo predica la doctrina de su Padre y habla en nombre de su Padre; vosotros ¿no predicáis la doctrina de Jesucristo y habláis en nombre suyo? Jesús recibió de su Padre la misión; ¿no viene de Cristo la vuestra? ¿No le representáis á El, y os ha dicho: «Quien os oye me oye, quien os desprecia me desprecia?» —Estáis, pues, auténticamente investidos del poder de afirmar lo que El afirma y como El lo afirma; hay en vuestra afirmación virtud divina que debe inspiraros noble orgullo y audacia santa.

No véis ni podéis ver á fondo, como vuestro divino Maestro, las almas á quienes debéis instruir, pero podéis amarlas como El con amor tierno, y alcanzar, por la pureza y fuerza de este amor, que El os inspire pensamientos, sentimientos y palabras, los más adecuados para convencerlas, moverlas, convertirlas y santificarlas.

No podéis hacer prodigios y, como Cristo, apelar á la autoridad divina de vuestras obras; pero podéis trabajar celosamente en acercaros más y más á su perfecta rectitud y hacer de vuestra vida espejo de las virtudes que al pueblo habéis de predicar.

Nunca igualaréis en serena y majestuosa autoridad al Predicador divino, ni llegaréis á las bellezas, tino y sobrenatural exactitud de su pala-

bra; pero procurad ser como El sencillos y descender, sin miedo de rebajaros, hasta las más humildes inteligencias. Estudiad, meditaad sus parábolas, complacedos en comentarlas, recoged piadosamente en vuestra memoria sus máximas, sentencias, preceptos, consejos, patéticos arranques de su corazón, de manera que os los asimiléis y entren como por sí mismos en vuestro lenguaje, y en vuestra palabra se reconozca al varón evangélico, al apóstol «que en sí siente cuanto hay en Cristo Jesús: *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu.*»

No ignoráis que el apóstol es creación de Cristo doctor. Desde el humilde país que escuchó su palabra, abarcaba Jesús con la mirada el mundo entero, y le veía someterse á su doctrina. Ni sólo veía este prodigio, le anunciaba también: su palabra es «menuda semilla que crecerá, tornarase árbol inmenso, y cubrirá la tierra (1).—Acudirán los pueblos de Oriente y de Occidente á sentarse á la mesa del reino de los cielos con Abraham, Isaac y Jacob (2).—Se avecina el tiempo en que ya no adorarán sólo en Samaria ó en Jerusalén, sino doquiera en espíritu y en verdad (3).—Al fin el Hijo del hombre ha de atraer á sí todas las

(1) Math., XIII, 31, 32.

(2) Ibid., VIII, 2.

(3) Joan., IV, 21, 23.

cosas» (1). Aunque los maestros célebres de la palabra ocultaran en lo recóndito de su corazón ese ambicioso deseo, nunca osarán declararlo; Jesús no ya lo declara, lo da por hecho consumado. ¿De dónde le viene tan extraña seguridad? Santo Tomás nos lo dirá:—De que posee en sumo grado el poder de comunicación (2).—El hombre no se comunica, ó se comunica con reserva; Jesús se comunica sin reserva alguna. ¡Y qué hombres ha escogido para comunicarse! Gente burda, de oscura y vil condición, cuya tez curtida y encallecidas manos recuerdan el oficio de baja estofa que aún ayer ejercían para vivir; gente sin estudio ni cultura intelectual, que, para hablar, se abandonan á momentánea inspiración; idiotas, cuyo rudo dialecto ofende al oído, cuyo tosco lenguaje tiene que molestar las delicadezas de una generación hecha á los primores de la palabra. Mirad como se consultan y osadamente se proponen la conquista del mundo: y comienzan el ataque caminando cubiertos de sudor y polvo, la cabeza desnuda, los pies descalzos, rotas y maltrechas sus vestiduras, sin más riquezas que la

(1) Joan., XII, 27.

(2) «*In hoc maxima potestas divina in Christo monstrata est, quod discipulis suis tantam virtutem contulit in docendo, ut gentes quæ nihil de Christo audierant, converterent ad ipsum.*» (Summ. Theol. III P., quæst. 42, a. 1, ad 1.)

limosna, ni más estímulo que esperanzas al parecer insensatas. Son débiles, inhábiles, contados. Los poderes, errores, pasiones, corrupción y supersticiones del género humano, su propia persona, su conducta, las armas de que se valen, todo inclina á prejuzgar el fracaso de sus intentos. Pero el Maestro les ha dicho: «Id, instruid á las naciones, enseñándolas á guardar lo que os he confiado; con vosotros estoy hasta la consumación de los siglos.» Palabras bastante poderosas para inspirarles invencible audacia.

Y esos hombres sin celebridad, sin ciencia, sin letras, sin astucia, sin más armas que el nombre de un ajusticiado, patrono de austeras doctrinas, dominaron al mundo pagano adherido con todas las fibras de la naturaleza á sus errores y vicios, que empeñadamente defendía y protegía con la calumnia, la corrupción y la violencia. Esos hombres, débiles hasta el ridículo, en comparación de los orgullosos Romanos que hacían temblar al orbe, revolucionaron el más grande de los imperios y prepararon su transformación religiosa; y el jefe de ellos, discípulo pusilánime que tres veces había renegado á su Maestro á la simple voz de una criada, se las apuesta con la ciudad terrible que regía los destinos de la humanidad y en el seno de ella instala, sobre las ruinas de los monumentos cesáreos, su trono

cabe su sepulcro glorioso.—¿Cómo explicar esto, sino por la sobrehumana elocuencia de que fueron llenos los Apóstoles, al recibir el Espíritu Santo, última prenda de su unión con el divino Predicador?

A no dudarlo, Jesucristo les comunicó la elocuencia de las obras, el don de milagros; mas este servía de confirmación á la elocuencia de la palabra (1). La fe de los Apóstoles, su admiración entusiasta, su heroico amor, su soberano desprecio de los bienes de este mundo, del dolor y de la muerte; su tierna compasión de las almas que querían salvar, hubieron de inspirarles palabras ardientes que hondamente removían los corazones mientras los entendimientos se humillaban al poder de los prodigios.

Pocos recuerdos escritos nos quedan de aquellas palabras ardientes de los Apóstoles, y así no tanto han de ser modelo de nuestra imitación sus discursos cuanto el estado de alma que los produjo.

Hay, sin embargo, uno á quien Dios escogió, llamó é instruyó por extraordinaria manera, para que su enseñanza sirviese de ratificación á las revelaciones evangélicas. Ese escribió; y si no

(1) «*Illi autem profecti predicaverunt ubique, Domino cooperante et sermonem confirmante sequentibus signis.*» (Marc. in finem).

tenemos todos los discursos que pronunció en el período de su vida apostólica, poseemos su eco y su recuerdo en las cartas escritas á las Iglesias evangelizadas.

Las catorce Epístolas de San Pablo, por su importancia doctrinal y apoyo que prestan á la ciencia sagrada, poseen, después del Evangelio, incontestable primacía. Como justamente se ha dicho, «á falta del Evangelio, sólo las Epístolas demostrarán la verdad del Cristianismo.» Luego al apologista y al teólogo es necesario su estudio. Bajo el aspecto oratorio, en ellas tiene el predicador no sólo preceptos, sino además ejemplos, rasgos y vuelos que impresionen su imaginación y exciten su facundia.

El estilo es desaliñado; San Pablo mismo confiesa que no acude á los artificios y habilidades de dicción que usa la ciencia humana para persuadir. *Non in persuabilibus humanæ sapientiæ verbis.* Emplea, siendo quien era, una lengua extraña, especie de griego bárbaro, taraceado de hebraísmos, inadecuado para expresar las nuevas ideas que han de anunciarse al mundo. Palabras son las de espíritu, justicia, gracia, fe, ley, naturaleza, pecado y otras, que requieren nuevos y más profundos sentidos. Con todas estas dificultades, halla el Apóstol modo de ser no pocas veces elocuente hasta lo sublime. ¡Qué alteza de

pensamientos, fuerza de raciocinio, viveza de imágenes, gallardía de movimientos! Precipítase á veces cual torrente; cautiva su imaginación por los inefables misterios de la fe, parece que se enajena, y la forma en que expresa esta sobrenatural embriaguez causa en las almas indecible impresión. Tal se siente leyendo, por ejemplo, su carta á los Hebreos, que Bossuet llama Epístola divina.

Por naturaleza tiene San Pablo cuanto se necesita para ser elocuente, pudiendo entrar en parangón con los más ilustres oradores de la antigüedad. Colocábanle, según Longino, al igual de los diez maestros de la Grecia; y un comentador suyo nos da de él este retrato: «Por un lado, temperamento fogoso y extremada sensibilidad; por otro, inalterable mansedumbre y clemencia inaudita. De una parte, carácter inflexible, ánimo rayano en audacia, libertad de expresión que desafía á los más terribles adversarios; y de otra, perfecta modestia, paciente sufrimiento de las más graves injurias, profunda humildad, desconfianza con que deplora su miseria y tiembla por su propia salvación. Desde un punto, se le ve hombre verdad, sincero, ajeno á la simulación y al artificio; desde otro, tan sagaz que jamás alguien mejor que él conoció el arte de agradar y de insinuarse; ni en más alto grado po-

seyó el sentimiento de las conveniencias, que le hacía equiparar su autoridad y su conducta á las personas, tiempos y circunstancias» (1). Este es San Pablo, cual á sí mismo en sus cartas se retrata.

Considerad ahora esa bella y rica naturaleza tan animada y penetrada por la comunicación de Cristo, que exclama sin poderse contener: «*Ya no soy yo quien vivo, es Jesucristo viviendo en mí.*» En una de sus homilías compara San Juan Crisóstomo el corazón de Pablo con el de Jesucristo (2). Como el Corazón de Jesús, el de Pablo es todo amor; y ese amor se traduce con apasionado entusiasmo, dirigiéndose á Dios y á su divino Hijo, y también á los hombres, en las más exquisitas formas y delicados refinamientos de ternura, compasión, devoción y sacrificio.

¡Hermoso y admirable modelo! Pronto se conocerá en el púlpito, por la elevación de ideas, fuerza de sentimientos y originalidad de lenguaje, al orador que le haya estudiado larga y concienzudamente.

He insistido con alguna prolijidad en esta recomendación de la Sagrada Escritura, porque abrigo la convicción de que es la fuente más rica y más fecunda de la elocuencia sagrada. «Si te

(1) Guillermón, *Clef des Epîtres de saint Paul*. (Introd. § 3).

(2) Homilía sobre la Epístola á los Romanos.

faltan libros, escribía el venerable Emery á un predicador, jamás te falte la Biblia. Léela de punta á cabo con atención; quizá no lo has hecho nunca. Lo propio, queridos míos, y aún más os digo yo: ante y sobre todos los libros, leed y releed la Biblia, no solamente para instruiros en las verdades santas que contiene, sino también para haceros al verdadero lenguaje que debe expresarlas y entrañar en vosotros las fuerzas vitales que caracterizan al orador cristiano.

CAPÍTULO V

MODELOS DE ELOCUCIÓN SAGRADA

SANTOS PADRES Y PREDICADORES

Comunicándose el celestial Predicador á sus Apóstoles, prometiéndoles acompañarlos hasta la consumación de los siglos; y ha cumplido su promesa. Los Apóstoles murieron y desaparecieron como su Maestro, mas penetrados de su poder comunicativo, dijeron á otros apóstoles: *Evntes docete*, y se ha perpetuado en el mundo la predicación de Cristo contra todas las tentativas del error y violencias de las pasiones.

Notad que la inspiración continua y el poder de los milagros que aseguraron el éxito de la predicación apostólica, no son ya dones habituales de los que anuncian la palabra de Dios. La Providencia pasando de lo extraordinario á las vías ordinarias, exige que la naturaleza, con todos sus recursos, sirva de auxiliar á la gracia. No desdeña, pues, ya, como el Apóstol San Pablo,